

**D. 23 del tiempo ordinario / C**

Todos nosotros nos consideramos discípulos de Jesús: intentamos pensar como él e imitarle con nuestra actuación. Vamos a misa los domingos para escuchar su Palabra y recibir su cuerpo y sangre como alimento. Sin embargo, normalmente luego seguimos imbuidos en nuestra vida cotidiana, en la rapidez de cada día, llenos de cosas por hacer... quedando Jesús en un segundo plano. Muchas veces, al pasar las puertas de la iglesia se nos olvidan nuestros buenos propósitos y qué es lo importante en la vida.

Parece como si el propio Jesús hubiera sabido esto cuando hace dos mil años dirigió a la gente que lo acompañaba las palabras que escucharemos en el evangelio de este domingo donde pide un seguimiento radical. Sus palabras son muy exigentes. O las explicamos y traducimos a nuestros feligreses o, de lo contrario, pensarán que están dirigidas sólo para aquellos que han dejado todo por seguirle, esto es, dicho de modo popular, los curas y las monjas. Y no es así: están destinadas para todos sus discípulos.

**\* ALCANZAR LA SABIDURÍA**

La palabra sabiduría proviene de saborear. De modo que podríamos decir que quien alcanza la sabiduría sabe saborear la vida; su etimología, por tanto, nos remite a algo experiencial, más allá del contenido intelectual que normalmente le damos. Por ello podemos afirmar que todo el mundo quiere ser sabio, esto es, quiere disfrutar de la vida sacándole el máximo provecho.

En la primera lectura, el texto del libro de la Sabiduría, nos recuerda que la sabiduría está en Dios y no en los hombres cuyos "pensamientos son mezquinos", cuyos "razonamientos no son fiables". Ya que, como canta el salmo responsorial, todo lo humano es caduco: "como hierba que se renueva: que florece y se renueva por la mañana y por la tarde la siegan y se seca". Pero a pesar de que somos conscientes de esto, nosotros no dejamos de ansiar bienes materiales, bienes terrenales, creyendo que van a colmar nuestros deseos de felicidad. En la medida que descubramos su caducidad descubriremos que la esencia de la vida está en otro lugar: "enseñanos a calcular nuestros años para que adquiramos un corazón sensato".

Es Dios quién da un sentido profundo a nuestra vida, de él brota la verdadera felicidad: "sácianos de tu misericordia y toda nuestra vida será alegría y júbilo". Por ello, deberíamos poner nuestro empeño en participar de la vida divina, tal y como pedimos en la oración después de la comunión ("concédenos

que estos dones de tu Hijo nos aprovechen de tal modo que merezcamos participar siempre de su vida divina”).

### \* SEGUIMIENTO RADICAL

La primera lectura nos da la clave interpretativa del evangelio de hoy. Ya que nuestro seguimiento a Cristo tiene como fin alcanzar la sabiduría de la que ese texto nos hablaba. Pero el que quiera seguirle tendrá que renunciar a cosas materiales, a la familia, a sí mismo: “Si alguno se viene conmigo y no pospone a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos y a sus hermanos, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío”.

Esto no significa que tengamos que dejar de lado a nuestra familia o que nos descuidemos a nosotros mismos. Jesús nos está diciendo que hay que distinguir entre lo importante y lo secundario en la vida, entre lo absoluto y lo relativo. Y que cada cosa y cada persona debe ocupar el puesto que le corresponde en nuestra vida. En la medida que tengamos bien situado el eje vertebrador de nuestra vida, que en definitiva no es otro que Jesús, Sabiduría de Dios, resituaremos todo lo demás. Quizá, entenderíamos mejor el evangelio de hoy si en lugar de decir “posponer” o “renunciar” pusiera “resituarse”. Ahora bien, esta resituación podría llegar incluso a exigirnos posponer a nuestro padre o nuestra madre, a nuestra mujer o a nuestros hijos, a nuestros hermanos y a nuestras hermanas, cuando nos impiden conseguir el objetivo de nuestra vida: “alcanzar la libertad verdadera y la herencia eterna” (oración colecta). De modo que no es lo que hacemos sino desde dónde lo hacemos. Se trataría de hacer lo mismo pero con otra mirada.

### \* TODOS LOS CRISTIANOS SOMOS HERMANOS

Todos los que seguimos a Cristo somos hijos de Dios (oración colecta: “has querido hacernos hijos tuyos”). De ahí que todos los cristianos nos consideremos “hermanos”. En la segunda lectura, san Pablo se lo recordaba a Filemón al enviarle a Onésimo, que había sido su esclavo y había huido. Éste, convertido al cristianismo, ha dejado de estar subordinado a Filemón para pasar a ser un igual: “lo recobres... no como esclavo sino mucho mejor, como hermano querido”. Debemos mirar, pues, a los demás como semejantes. No somos ni superiores ni inferiores. Más allá de nuestras diferencias compartimos la misma fe y el mismo Padre: Dios.

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI